

este mundo y de otros universos, poblados, necesariamente, de ideas y de trascendencias.

Marechal alcanzó a vislumbrar, como algunos que lo precedieron o que lo acompañaron en el camino de la literatura —Lugones y Borges—, la indigencia de los tiempos que reclamaban poetas que sostuvieran la Palabra como un don precioso. La relectura de los mitos antiguos, desde una perspectiva cristiana y argentina, le confirmó la necesidad de la construcción de una obra que levantara, a la manera de los presocráticos, un cosmos desde la palabra poética.

Esta labor aparece fraguada en el crisol mismo de un lenguaje polimórfico, trabajado desde *Días como flechas* (1926), su primer poemario, hasta *Heptamerón* (1966). Lenguaje que pretende abarcar todo lo existente, pero en clave nacional. El mito de las edades, entrevisto por Hesíodo y por las cosmogonías orientales; el recorrido simbólico que realiza el héroe arquetípico, enmarcado en el mito del viaje, que confirma la pertinencia de la concepción medieval del hombre como peregrino, idea antigua, pero puesta a lo divino; la concepción del amor, como una cualidad superior; la presencia de la mujer simbólica, que regenera las potencialidades del amor y lo vivifica, transfigurándolo en un sentimiento que idealiza la materia; el sentido final de la patria, en cuanto entidad simbólica que

congrega a todos los que en ella habitan, y que la construyen cada día con su existencia y su trabajo, y el poeta que la funda con su palabra cada vez que la nombra.

El poeta, que ve la unidad en la diversidad, apela a la forma sutil de su voz hecha palabra, en un proceso, magistralmente descrito por Marechal en el *Cuaderno de navegación*, proceso que se origina en la interiorización de la palabra, la que anida en el alma del poeta para proyectarse, con alcances inexcusables, en los demás. Poesía que es expresión y que es conocimiento.

Esa conjunción de expresión y conocimiento permite acceder a un universo vasto y complejo, que tiene al hombre que busca la trascendencia como partícipe necesario y como eje de funcionamiento. Así, Marechal construye una obra literaria, apoyando la tesis de una «lítica de pensamiento», esto es, una poesía en la que conocimiento y expresión están armónicamente fusionados, en tanto que ambas operaciones constituyen «zonas» del obrar específicamente humano. Pero el universo marechaliano no se cierra en la proferición de la palabra lírica, sino que se interna en los mecanismos de la narración, cuando interpone, a la retórica del registro realista, a la que el lector ya se había habituado, una manera de asumir lo real pero desde otras miras: aquellas que terminarían fusionando todas las posibilidades de lo real en un registro único y uni-

tivo. Esto es lo que cautivó a Cortázar. Y en esto Cortázar no se equivocó. Testimonio de ello es la nota bibliográfica que dedica a saludar la aparición de *Adán Buenosayres*, casi como única voz que se hace eco de semejante esfuerzo novelístico y de semejante aporte renovador para las letras del continente, sumándose, así, Marechal, a los espacios abiertos por Borges y Alejo Carpentier. Las novelas posteriores que escribe Marechal, no hacen sino confirmar los hallazgos y descubrimientos logrados en *Adán Buenosayres*. En efecto: *El banquete de Severo Arcángelo* tematiza, en clave hermética, el mito de las edades, proponiendo el estado actual y la proyección de la edad en la que estamos; y *Megafón o la guerra*, ensaya la alegoría de la batalla espiritual que encara Megafón, su protagonista, una síntesis del hombre argentino, como la disputa necesaria para ejecutar la verdadera catarsis, que pueda purificar las ansiedades históricas de este país. Por eso Megafón es un héroe, porque él reúne las características de los héroes que los individualizan entre los demás, y porque ofrendan su vida por lo que los urgieron como tales: los miembros de la comunidad a la que representan.

Sin embargo, el entramado simbólico de la obra de Marechal no impide que el lector no avisado en estos temas pueda ingresar en lo profundo de su obra y de su pensamiento: él

mismo –Marechal– lo va llevando, como de la mano, hacia la comprensión cabal de su mensaje, puesto en clave literaria. Marechal no agotó su labor docente con sus alumnos sino que la prolongó con su lector: la didáctica siguió siendo una preocupación hasta en la manera de asumir el hecho literario. Esto queda explícito en su obra, cuando manifiesta desvelos en integrar al lector a su mundo, a través de referencias obvias, que no por obvias dejan de ser necesarias. Así, las obras de Marechal, resisten, al menos, dos lecturas: una lectura interna, y otra contextualizada. Ambas restituyen el deseo de asumir una obra literaria sólida, con fundamentos suficientes para perdurar en el tiempo, como el *Adán Buenosayres*, que se presenta al lector como «la materia sutil de un poema concluido».

La edición de las *Obras completas*, en cinco gruesos y cuidados tomos, encarada por Perfil Libros, y coordinada por una de las hijas de Marechal, María de los Ángeles, pone al lector en relación directa con la producción de un escritor que durante muchos años permaneció en silencio y silenciado. Fueron esos años del «poeta depuesto», que ahora se permite, desde la obra toda, su propia obra, celebrar la palabra, como «un fiel imitador del Verbo».

**Daniel Teobaldi**

**Los cuadernos de Praga**, Abel Posse, Editorial Atlántida, Barcelona, 1998, 318 pp.

Fiel al principio de afrontar la historia pro los caminos transversales y oblicuos de la imaginación con que ha venido sustentando su amplia obra narrativa, Abel Posse aborda en *Los cuadernos de Praga* un episodio inédito en la vida de Ernesto Che Guevara en el que el comandante guerrillero, partidario de la revolución total y del enfrentamiento decisivo que definiera el postergado duelo de la guerra fría, planea de manera solitaria lo que sería su última batalla, enfrentado a la gendarmería de la reacción internacional y a la apática conducta de un socialismo abúlico movido por mezquinos intereses políticos.

La novela situada en el misterioso ámbito de la ciudad de Praga, entre los meses de marzo a julio de 1966, nos muestra a ese Guevara de la intimidad no hollada por los biógrafos, al hombre hecho de sueños y temores, de dudas y esperanzas, que teje los detalles de una campaña militar suicida con la que aspira a encender la chispa definitiva de la rebelión continental americana.

Unos cuadernos apócrifos de apuntes en los que Guevara habría dejado constancia de sus reflexiones durante su estadía en la ciudad de Kafka, entregados a Posse por un espía de la K.G.B. venido a menos, son el cañamazo sobre el que el

novelista argentino teje la imagen de un Guevara despojado de su aureola mítica de apóstol de la revolución que se enfrenta a las contradicciones de su tiempo en un sordo debate consigo mismo y con el mundo.

Guevara ha entrado en Praga clandestinamente bajo la apariencia de un plácido burgués con el propósito de curarse las heridas causadas durante su frustrada campaña militar en el Congo donde, con un puñado de congoleños y cubanos infiltrados entre los nativos, había intentado sin ningún resultado encender una guerra contra el colonialismo belga en la región. Las falsas identidades de Guevara (Vázquez Rojas, Adolfo Mena y Ramón Benítez) utilizadas para su estadía y desplazamiento en la ciudad, permiten al novelista adentrarse en la conciencia del guerrero e iniciar un contrapunteo consigo mismo y con sus detractores que nos permite apreciar las tajantes contradicciones de su tiempo y la manera casi desesperada como Guevara intenta resolverlas en su batalla final movido más por el fervor y la intuición que por la razón y la certeza.

Su clandestinidad en Praga bajo la apariencia de un comerciante en maderas permite a Guevara darse cuenta que el socialismo impuesto de los países del este fracasó pero no intuye que ese fracaso sea producto de sus prohibiciones y restricciones, sólo sabe que no queda nada

de la grandeza generosa de los viejos volcheviques y se hace urgente realizar una revolución en la revolución que permita renacer la voluntad de crear el hombre nuevo.

Guevara entiende el socialismo como una extensión del amor y con él quiere salvar al hombre de la nada, crear una familia para todos. Siente que la guerra puede ser odio destructor pero también odio fundador que permita crear las condiciones donde florezca el hombre nuevo y la única manera de llevar a cabo su ideal es apostarse íntegro a la victoria o la muerte.

En *Los cuadernos de Praga* Guevara toma apuntes de filosofía, economía y, sobre todo, de sí mismo y de lo que ocurre en su interior. El complemento del relato lo hacen las entrevistas en las que Posse se apoya para introducir el dato histórico: Vlášek el agente encargado de custodiarlo en Praga, sus colaboradores Pombo y Ulises Estrada, su amigo de la infancia Echagüe y su biógrafo John Lee Anderson, entre otros, van dejando aparecer en sus testimonios la imagen de la madre aventurera y vital que le enseñó a burlar el asma y con ella la muerte, los escarceos del amor en la Arcadia feliz que fue la Buenos Aires de antes de los 40, la vocación de médico al servicio del menesteroso en los leprocomios del Perú, la mano del combatiente que debe arrogarse la justicia en la espesura de Sierra Maestra y demás episo-

dios de su vida que elevaron su figura a símbolo universal del rebeldía, aparecen despojados de su mera acción circunstancial, enriquecidos por el análisis y la reflexión.

Escribir una novela a caballo entre historia y testimonio es un gran riesgo pues puede ocurrir que los conflictos recreados suenen extemporáneos a pesar del breve tiempo transcurrido por la presteza que se tiene en olvidarlos o, lo que sería quizás su cara opuesta, que el novelista se vea involucrado sin pensarlo en la comedia de una sociedad que ennoblece a sus contrarios en el momento en que termina de suprimirlos cuando sólo experimentaba hacia ellos espanto y repugnancia mientras fueron adversarios verdaderos. Pero un autor no es nunca totalmente dueño de sus fantasmas y estos cuadernos de Praga en los que toma cuerpo la imagen de Guevara en su grandeza de soñador solitario asumen este riesgo porque sienten que aún tienen mucho que decir a nuestro tiempo.

**Samuel Serrano Serrano**

**El horizonte y otros regresos**, Abilio Estévez, editorial Tusquets, Barcelona, 1998, 208 pp.

La crítica situación por la que atraviesa Cuba no parece afectar a